



El puente románico y el castillo de Navia.

¿Qué pueblos destruidos? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué precio?

Si de verdad hay algo de democracia en este país, creemos que ha llegado la hora de que los poderes públicos den una respuesta inmediata, clara y detallada a estas preguntas, y no sólo a ellas. La democracia exige a las empresas concesionarias que expliquen abiertamente en qué medida el Gran Suarna sirve al bien común y en qué medida; si lo del bien común es creíble, las empresas pueden evitar sufrimientos a los expoliados. En cualquier caso, las instituciones oficiales (desde el Ministerio de Obras Públicas al Ayuntamiento de Navia de Suarna) tienen la obligación, y el honor, de defender los intereses legítimos de unos cuantos miles de ciudadanos gallegos.

Galicia, ciertamente, sabe mucho de embalses. Hace años se inauguró el de Castrelo de Miño, que en 1966, época en que el franquismo era muy duro y difícil, originó protestas muy diversas, algunas de las cuales fueron algo más que literatura. Es que los campesinos de este feracísimo y privilegiado valle se encontraron casi de la noche a la mañana con la brutal lección de los hechos y ello les obligó a luchar contra reloj para salvar lo salvable. Algo se consiguió con las admirables protestas del 66: que Fenosa pagase mejor las tierras. No fue poco en aquel momento del franquismo, y conviene saber que Castrelo de Miño fue el primer conflicto campesino de cierta magnitud que tuvo que habérselas la dictadura de Franco y el capitalismo indialogante.

Lo de Navia de Suarna es más triste, bastante más triste. En cincuenta años, el tema del Gran Suarna ha perdido aristas, se ha diluido un poco y se ha aceptado otro poco. Ahora bien, ¿pueden unos miles de hombres y mujeres vivir en

esta incertidumbre, en esta inseguridad, en esta anomalía?

Ya en el terreno de los datos precisos, digamos que el Gran Suarna, según el proyecto reformado, anegará los pueblos de Navia, Barcia, parte de Vilarantón y parte del de Embemallús, además de perder sus mejores tierras quince aldeas. Pues bien, ante estos datos, quienes han vivido en ese escenario durante cincuenta años, ni siquiera han sido informados de la fecha en que, por un puñado de reales, serán arrancados de sus casas y de sus huertos rumbo a cualquier parte.

El lector debe saber que Navia de Suarna, capital del municipio gallego amenazado y capital de la incertidumbre, posee un potencial político nada desdeñable. Sépase que el 15 de junio de este año, el PC, el PSP y el PSOE obtuvieron cuatro veces más votos que Alianza Popular, lo que es altamente elocuente en la provincia de Fraga Iribarne y de Carro Martínez. Esos electores saben muy bien por qué durante tantos años al pueblo se le escamoteó la información debida. La izquierda navega, que es un trozo entrañable de la izquierda mundial, sabe muy bien que informar con honradez implica, necesariamente, formar, y cuando una comunidad está constituida por ciudadanos informados, es decir, por ciudadanos bien formados, los ciudadanos, que no toleran privilegios ni manipulaciones, actúan. Actuar (para la izquierda de Navia y para la izquierda del mundo entero) quiere decir, en primer lugar, exponer y razonar en público el pro y el contra de las cosas, exponer ante todos lo que es de todos y no de unos pocos, llámense caciques, funcionarios o alcaldes.

Como "diputado" por Navia de Suarna, tengo fe en el pueblo de Navia de Suarna. ■

Eckart Plinke, un embajador de la cultura

EL director del Instituto Alemán de Madrid, señor Eckart Plinke, ha sido cesado de su puesto al frente de dicho organismo y enviado nada menos que al exótico Estambul. No debía ser Plinke personaje demasiado simpático a los elementos conservadores que organizan desde Bonn la política exterior alemana. Por lo que sé, tenía cierto aura de personaje conflictivo y radical, cuya política al frente del Instituto había sido demasiado "escandalosa". Y ciertamente mucho de escándalo hubo en la gestión de Plinke: el escándalo de un centro oficial extranjero abierto, en el Madrid de hace seis o siete años —¿se acuerdan?—, a ciclos de conferencias sobre la Escuela de Frankfurt o sobre Nietzsche, abierto a ejercicios de poesía concreta, de arte de vanguardia o de cine experimental, abierto a los profesores españoles expulsados de la Universidad, abierto a los teólogos radicales como Moltmann, no menos que a figuras del país como Castilla del Pino o Eugenio Trias. Durante varios —muchos, realmente— años difíciles, el Instituto Alemán de Plinke fue el centro cultural más interesante, diverso y anticonformista del mundillo madrileño, un oasis realmente insólito en el ámbito de la repetición o el acobardamiento en que nos movíamos aquellos días. No faltaron los incidentes, incluso violentos, en algunos actos; la presencia ominosa de la Policía, las amenazas, las suspensiones: todo lo que tiene que ocurrir cuando ocurre algo que no es lo que está establecido que ocurra. Estas son las cosas que debieron alarmar a los burócratas de la RFA, desdichadamente cada día más proclives a descubrir peligrosos "compañeros de viaje" del terrorismo entre quienes pretenden explorar y realizar las promesas liberadoras de la cultura, mientras permanecen sospechosamente ciegos al creciente peligro de un estado policial y totalitario de signo derechista, caldo de cultivo de la violencia más desesperada. ■ FERNANDO SAVATER.

